

Sexta palabra de Jesús en la cruz
“TODO ESTA CONSUMADO”
Por: Rubén Darío Jaramillo Montoya
Obispo de Buenaventura

Se consuma una obra cuando está terminada, cuando ha llegado a la plenitud y cuando se han cumplido los objetivos propuestos. Esta expresión de un Jesús agonizante, que no es de un derrotado, sino de un hombre-Dios que ha llegado a la meta, nos hace pensar en un plan divino de salvación iniciado en el Génesis y culminado en ese momento tan desgarrador en la cruz.

Para nuestro salvador y redentor, la misión que el Padre le encomendó fue ciertamente muy difícil, pero en el desarrollo de su vida y de la relación con su Padre, también fue encontrando las respuestas a sus inquietudes y fue descubriendo que su papel consistiría en morir para dar vida, en entregarlo todo, para ganarlos a todos y en obedecer la voluntad de su Padre, así esa voluntad fuera la del amor extremo y doloroso que es dar la vida por los demás.

La plenitud no consiste en salir ilesos de los inevitables problemas y dificultades que la vida nos presenta cada día. La meta no es pasar por la vida “esquivando” los obstáculos, y mucho menos llegar al término de nuestra existencia ganando el mundo entero con todas sus apetencias. La consumación de nuestra obra en la tierra, como la de Jesús, consistirá en aceptar la vida que el Padre Eterno nos propone aún con las dificultades que ello conlleva.

Son tantas las problemáticas que tenemos en el mundo actual, que no podemos pasar por la vida sin ayudar a transformar la realidad, para que esa plenitud se comience a gestar dando siempre lo mejor de cada uno de nosotros. La plenitud no es un punto de llegada, sino una opción de vida. Una decisión absoluta de entrega permanente y total.

Colombia se debate en extremos que parecen irreconciliables, la violencia y las desigualdades nos muestran una realidad difícil de comprender y a veces nos sentimos impotentes y hasta queremos bajar los brazos para no luchar más. Este Jesús antes de su muerte nos ha dejado una gran lección: “es necesario que la semilla muera para que resucite y dé mucho fruto” (Juan 12,24).

Con su muerte no se acabaron los problemas del mundo, pero sí nos dio la clave para resolverlos. Es necesario sacrificarse, morir, entregarse y dar lo mejor de nosotros para que esta realidad se transforme. No podemos pensar que la culpa siempre es de los demás, ni tampoco podemos creer que el problema lo tienen los demás. El pecado del mundo Jesús lo cargó sobre sus hombros y las faltas humanas todas cayeron sobre su cuerpo. Por eso la plenitud y la consumación de Nuestro Señor Jesucristo fue el amor total y completo que nos dio y le dejó al mundo entero.

Cuando su cuerpo no resistía más, Jesús exclamó que todo estaba consumado, que todo lo había dado, que el amor más grande lo había demostrado y que ese amor era la plenitud de la vida.

Aprendamos a amar como Él amó. Construyamos un país desde el amor, pero no de cualquier amor, sino el de Cristo. Un amor que transforme, que busque los intereses de la comunidad por encima de los propios, un amor que nos aleje de egoísmos y nos haga entregar hasta la propia vida si es necesario. Sólo así podremos decir con el Salvador que todo está consumado y que nuestra vida ha llegado a la plenitud.

Vivir así, vale la pena. Morir así, vale la pena.